

EXCURSION.

Los alrededores de Francfort son curiosos; sobre todo, el pequeño principado de Homburg, merece ser visto, no precisamente por él mismo, sino por su colonia francesa.

Figúrese el lector toda una aldea protestante desterrada de Francia, cuando la revocacion del edicto de Nantes, es decir, por el año de 1686, que ha emigrado del país natal con las costumbres, el idioma, y casi el traje del siglo en que vivía, para la que en vano ha girado la tierra desde aquel tiempo, que nada sabe sino por tradicion, que cree que los dragones acuchillan á los protestantes, y que os habla de Cavalier y de Mr. de Baille, como si hubieran muerto ayer; todo esto en un idioma que no es el nuestro, con giros de frases que no se encuentran mas que en Moliere; de modo que,

menos el talento, se creeria, cuando se oye hablar á aquellos habitantes, que se lee una carta de Mad. de Sevigné ó de Bussy-Rabutin.

Al llegar á la capital, de la que está distante la colonia francesa una legua próximamente, ví á dos soldados que se paseaban del brazo. Como no conocia su uniforme, pregunté al posadero á qué cuerpo pertenecian.

— Es nuestra infantería, me respondió.

— ¡ Ah! vuestra infantería.

— Sí, señor. Ayer hubiera podido enseñaros nuestra caballería, pero nuestra caballería, ha muerto *él* esta noche.

— ¿Cómo, vuestra caballería, la muerto *él*?

— Sin dada, *él* ha muerto. Era un húsar. Debemos tres hombres á la Confederacion, dos infantes y un jinete. Los dos infantes ahí los teneis; en cuanto al jinete, ha muerto. Pero mañana habrá otro.

El príncipe de Homburg, que tiene derecho de vida y muerte en sus Estados, es segundo comandante de la fortaleza de Luxemburgo, lo cual hace que á pesar de su título de soberano, el primer comandante puede enviarle arrestado si falta á su servicio.

— Entonces, continué, vuestro príncipe es uno de los mas pequeños soberanos de Alemania, puesto que no tiene mas que tres hombres.

— ¡ Oh, monseñor! respondió el posadero, los

hay mucho mas pequeños; los hay que tienen dos hombres, y uno, y medio.

— ¿Medio hombre? ¿y cómo se gobiernan?

— ¡Y bien! se arreglan con otro que debe hombre y medio. Uno presenta el hombre y el otro le viste.

Quince dias despues encontramos en Baden el príncipe de N..... ¡Esto ya es otra cosa!

Como era segundogénito, no le tocó en herencia mas que una aldea de doce casas.

Habia vendido sucesivamente sus doce casas, y por consecuencia sus súbditos, á excepcion de uno solo á quien habia hecho su ayudante de campo. Mas al llegar á Baden riñó con su ayudante de campo, y este para burlarle, le presentó su dimision; de modo que aun era príncipe soberano, pero que no tenia súbditos.

El pobre príncipe se arrancaba los cabellos de cólera. Estaba reducido á dar latigazos á su perro.

Espero que el dia menos pensado habrá sacudido tanto al pobre animal, que rabiará y concluirá por morderle.

Por lo demás, se me olvidaba decir que el príncipe de Homburg nos pareció era adorado de sus súbditos. Mas vale ser amado de pocos que detestado de muchos.

La excursion de Homburg nos habia puesto en

camino: resolvimos hacer al dia siguiente una correría al Taunus.

El Taunus es una de las cadenas de montañas mas graciosas que he visto. Da á Francfort un horizonte encantador, que cambia de color á todas horas del dia, y que para la tarde sufre todas las variaciones de luz que le envia el sol poniente. En otro tiempo tenia minas de plata que fueron explotadas por los Romanos. De trecho en trecho se encuentran en sus flancos anchas aberturas, profundas cavernas, en las que se descubre la señal del azadon legionario; y tambien en distintos sitios se ven restos de calzada, que parecen caminos de gigantes, y que unos atribuyen á Germánico, otros á Adriano y otros á Carlo-Magno.

Partimos una mañana para visitar á Winternoe-de y su lindo riachuelo, el Nida; Sden con sus catorce manantiales minerales, algunos de los que tienen sabor á tinta; Sellers, cuya agua espumosa, azucarada y ácida, se parece mucho al vino de Champagne, y en fin, Koenigsfelden ó la Piedra del Rey.

A pesar del orgulloso nombre que llevan, las ruinas de Koenigsfelden no son objeto de ninguna tradicion de la edad media; todo lo que la historia dice de ellas, es que habiendo muerto el último vástago de sus condes en 1581, aquella fortaleza se convirtió en prision de Estado del arzobispo de

Maguncia, que encerraba en ella sus prisioneros. En 92 se apoderaron de ella los Franceses, y sostuvieron un sitio contra los Prusianos, quienes en su ardor por tomarle, batieron en brecha á Koenigsfelden de dia y de noche; pero como por la noche se perdian las balas mal dirigidas, los Franceses, para economizarles la pólvora, encendieron linternas, que ataron á las murallas. Los Prusianos se picaron tanto con aquella burla, que levantaron el sitio; de modo que los Franceses conservaron á Koenigsfelden hasta 1796, en cuyo año le volaron.

Preguntaban al duque de Nassau porqué no reparaba, reedificándole, los estragos que los Franceses habian causado en Koenigsfelden.

— No soy tan tonto, respondió, ese castillo está en su camino.

Ya hemos tenido ocasion de hacer notar que el duque de Nassau era un hombre muy sensato.

Nos entró el deseo de almorzar en medio de aquellas ruinas, obra nuestra. Me dirigí al punto á la aldea para proporcionarnos algunas provisiones, pero no era cosa fácil con mi modo de hablar el aleman. Entré por tanto en casa de un barbero, esperando que por sus relaciones con las barbas de los viajeros, habria tenido ocasion de aprender el francés. No quedé desairado mas que á medias; mi barbero me habló latin, verdadero latin. No lo haria como Ciceron, es verdad, pero era mas fuerte

que Elvincourt. De modo que sobre poco mas ó menos, encontramos lo que buscábamos.

El barbero no quiso absolutamente recibir nada por el trabajo que le habíamos dado, y me ví obligado para que aceptase algo, á hacerme cortar el pelo.

Desde nuestro comedor, que habíamos establecido sobre la plataforma de Koenigsfelden, disfrutábamos una vista magnífica. A nuestra izquierda el Alt-Koenig, la única montaña del Taunus que el buitre de los Alpes juzga digna de su nido; el gran Feldberg, donde una antigua tradicion dice que se retiró la reina Brunchant, y donde aun se enseña hoy su ermita excavada en la roca; en fin, frente á nosotros, Falkenstein ó la Piedra del Halcon, cuyas ruinas conservan la antigua tradicion del caballero Cuno de Sagen y de Ermangarda.

Eran estos dos bellos jóvenes que se amaban; eran jóvenes, ricos y nobles ambos, y cada uno tenia para dar tanto como recibia. No vieron, pues, á su felicidad otro impedimento que el carácter caprichoso del anciano conde de Falkenstein. En el momento en que el caballero de Sagen hizo su peticion, el padre de Ermangarda estaba sin duda con malas disposiciones de estómago; porque conduciendo al que deseaba ser su yerno á un balcon, desde el cual se dominaba toda la montaña sobre que estaba situado el castillo, llamado la Piedra

del Halcón, porque era preciso en cierto modo las alas de aquel pájaro para subir á él:

— ¿Me pedís mi hija? le dijo; ¡y bien! es para vos, pero con una condicion; haced tallar en la montaña un camino por el que se pueda subir á caballo hasta el patio del castillo, porque empiezo á hacerme viejo y me cansa subir á pié.

— Os doy hasta mañana á las seis de la madrugada.

Sagen creyó haber oído mal.

— ¡Hasta mañana por la mañana! replicó.

— Ni una hora mas, ni una menos; venid mañana por la mañana á caballo á pedirme la mano de mi hija, y por un camino por donde yo pueda conducirla á la iglesia, y Ermangarda es vuestra.

— ¡Pero eso es imposible! exclamó Sagen.

— Nada es imposible para el amor, replicó el anciano sonriendo. Así, hasta mañana, yerno mio.

Y dió con la puerta en las narices al pobre caballero.

Sagen bajó pensativo el sendero maldito; apenas á pié y con grandes precauciones, no se corria el peligro de desnucarse. Todo lo largo del camino dió con el corte de su espada en la montaña. Era una verdadera maldición. La montaña se componia de la mas dura roca, del verdadero granito de primera formacion.

Así, aunque no fuese mas que por tranquilizar su conciencia, y para no tener nada que echarse en cara, se dirigió hácia sus minas. Llegado á la abertura, mandó llamar al jefe de sus mineros.

— Wigfrid, le dijo, siempre te has vanagloriado de ser el mas hábil de tus camaradas.

— Y me alabo aun de ello, monseñor, respondió Wigfrid.

— ¡Y bien! ¿cuánto tiempo necesitarías, reuniendo todos tus obreros, para tallar desde abajo arriba en el Falkenstein, un camino por el que se pueda subir al castillo á caballo?

— ¡Oh! dijo el minero, otro cualquiera necesitaria diez y ocho meses, yo lo haria en menos de un año.

El caballero exhaló un suspiro y no respondió. Despues, haciendo seña al anciano minero de que podia volver á su trabajo, se sentó pensativo á la orilla de la galería.

Y cayó en tan profunda abstraccion, que no se apercibió que habiendo llegado la hora del descanso, todos los obreros habian dejado la mina.

Llegó el crepúsculo, y con él esos momentos en que no es ya de dia ni tampoco aun de noche, en que los vapores se elevan de la tierra al cielo en nubes para volver á caer en rocío; pero el caballero no veia mas que una cosa, y era el inaccesible castillo de Falkenstein perdido en la bruma fantástica de las praderas.

De repente oyó que le llamaban por su nombre; se volvió. En lo alto de la escala que conducía desde la galería inferior á la abertura, y en el último peldaño, estaba en pié un viejecillo de un codo de altura escaso, cuyos cabellos y barba habian encañecido por la edad, y cuyos ojos, sin embargo, brillaban como los de un jóven.

— ¡Caballero de Sagen! repitió otra vez el enano.

— ¡Y bien! ¿qué me quieres? preguntó el caballero mirando con asombro aquella aparicion.

— Quiero ofrecerte mis servicios, he oido lo que preguntábais al viejo minero.

— ¡Y qué!

— He oido tambien lo que te ha respondido.

El caballero exhaló un suspiro.

— Es un buen muchacho que sabe bien su oficio, continuó el enano, pero yo le sé todavía mejor que él.

— ¿Y cuánto tiempo necesitarías tú para hacer ese camino?

— ¿Entendiéndose con la ayuda de mis compañeros?

— Con la ayuda de tus compañeros.

— Yo necesitaría una hora.

El caballero lanzó un grito de alegría.

— ¡Una hora! ¿pues quién eres?

— Soy el jefe de los duendes que habitan en las profundidades de la montaña.

El caballero se santiguó.

— ¡Oh! no temas nada, dijo el enano, nosotros no somos ni enemigos de los hombres ni malditos de Dios; nosotros somos los anillos invisibles que unen la tierra al cielo; solo que tan por encima del hombre como el hombre lo está de los animales, tenemos mil medios que son desconocidos de tus semejantes.

— ¿Y entre esos medios, tendrás el de hacer el camino en una hora?

— Sí, pero ya lo sabes, por nada, nada se hace.

— ¿Qué quieres decir? preguntó el caballero con inquietud.

— Pues te hablo el lenguaje de los hombres.

— ¡Pues bien! pide lo que quieras, y todo lo que está en poder del hombre, todo lo que no comprometa á la salvacion de mi alma, te lo concederé.

— Haz cesar hoy mismo la mina de Santa Margarita, que está ya tan próxima á mi palacio subterráneo, que oigo desde mi cama los golpes de los martillos de tus obreros. No te pido un gran sacrificio, porque debes notar que el filon se agota y el mineral escasea cada vez mas.

— ¿No es mas que eso? preguntó el caballero.

— Nada mas, dijo el enano, y aun te daré una indemnizacion. A la izquierda de la mina, en el sitio donde encuentres la cabeza de un caballo,

excava y encontrarás dos filones abundantes bastantes á enriquecer á un rey.

— ¡Un millon de gracias! dijo el caballero, desde mañana dormirás tranquilo.

— ¿Tu palabra?

— ¡A fe de caballero! ¿La tuya?

— ¡A fe de duende!

— ¿Y qué hay que hacer ahora?

— Nada; vé á acostarte, sueña en tu bella, y mañana á las cinco, monta á caballo; tú encontrarás el camino hecho.

Y dichas estas palabras desapareció el viejecillo como si el peldaño hubiese faltado y hubiera caído en el fondo del pozo.

Volvióse el caballero á su casa, mandó llamar á Wigfrid, le dió orden de cesar desde el dia siguiente la direccion de los trabajos, y despues esperó con impaciencia.

Cuando la noche cerró completamente, se adelantó hácia su balcon que daba al Falkenstein, mas como estaba distante una media legua nada oia, pero veia una multitud de luces que subian y bajaban por los costados de la montaña, tan numerosas que se hubieran creido un enjambre de luciérnagas.

El anciano conde de Falkenstein oyó, por el contrario, un gran ruido y corrió á su balcon, pero nada vió; le parecia que miles de mineros minaban

por su base la montaña, oyó resonar el martillo, entrar la piqueta, rodar pedazos de roca, y se dijo:

— Es mi yerno que está en su tarea. Mañana será de dia, y veremos dónde está. Y se volvió á acostar muy tranquilo, esperando el dia.

A las seis de la madrugada le despertó el relincho de un caballo, y al mismo tiempo entró su hija en su habitacion sumamente gozosa, exclamando:

— ¡Padre mio, padre mio! el camino está hecho, y aquí teneis al caballero Cuno de Sagen que viene á visitaros montado en un magnifico corcel de batalla.

Mas el viejo conde no quiso creer lo que dijo su hija y se echó á reir encogiéndose de hombros. Sin embargo, habiendo oido por segunda vez los relinchos de un corcel, se levantó y fué al balcon.

El caballero estaba en el patio, caracoleando en el mas bonito y fogoso de sus palafrenes. En aquel momento daban las seis en el reloj del castillo.

— Conde, dijo el caballero saludando al anciano señor, espero que sereis vos tan fiel á vuestra promesa como yo he sido exacto á vuestra cita, y que hoy mismo probareis yendo á la iglesia, el camino que he mandado haceros esta noche.

— Un noble no tiene mas que una palabra, y la mia está dada, respondió el anciano conde; si el camino es tal como decís, mi hija es vuestra.

Aquel mismo día bajó una cabagalta del castillo de Falkenstein, dirigiéndose hacia la iglesia de Kromberg, por el camino tallado en la roca que existe hoy, y que todavía se llama el camino del Diablo.

Después del almuerzo, trepamos nosotros por el camino del Diablo, hasta lo más alto de la Piedra del Halcón, desde donde se pueden contar, en un horizonte de ciento cincuenta leguas, hasta setenta ciudades, pueblos ó aldeas. Por lo que hace á las montañas, entre el Alt-König y el Feldberg que se toca con la mano, se ven además Iselberg cerca de Gotha, el monte Mercurio junto á Bade, el Donoe en los Vosges, los Siebengeberg inmediatos á Bonn, en fin, el Meinner en la Baja Hesse y el Habiehlo-wald junto al Cassel.

En medio de este panorama se eleva el castillo de Eppstein, cuya tradición referiría si no hubiese ya referido demasiadas.

Volvimos por Kronniberg, y atravesamos su castañar que data del siglo XII: aun existen algunos de los árboles primitivos, que son los primeros plantados en Europa.

Al volver á entrar en la fonda, encontré la carta del abate Sméets, que como me había dicho, había ido á celebrar su jubileo; era demasiado tarde, ó mas bien me sentía demasiado cansado para ir á su casa en la misma noche. Dejé mi visita para el día siguiente por la mañana.

A la mañana siguiente, me entregaron una carta, era la respuesta del obispo D..... de quien ya he hablado. Cuando iba yo á salir, el abate Sméets entró. Nos abrazamos como antiguos amigos. Sabía ya que no había yo encontrado al obispo D..... Le enseñé la carta que había recibido de él, leyó el sobre y reflexionó al parecer un instante.

— ¡Y bien! le dije alarmado; acaso el obispo D..... se ha engañado: ¿es que aquel á quien me dirige para que tenga noticias de Sand no puede dármelas?

— Al contrario, me respondió; y mas exactas ciertamente que ningun otro.

— Entonces, ¿en qué pensais?

— Pienso en una historia que voy á referiros.

— ¿Una historia que tiene relacion con Sand?

— No; pero una historia que es preciso sepais.

— ¿Tiene, pues, alguna relacion con esa carta, puesto que esta carta es la que os hace pensar en ella?

— Indirectamente, sí.

— Mi querido abate, hablais hoy por la mañana como una esfinge.

— En Heidelberg, tendreis la explicacion del enigma.

— Entonces, pasemos á la historia.

— Héla aquí:

— La noche de la coronacion de Luis de Bavie-

ra, hubo en el ayuntamiento un magnífico baile de máscaras, al que asistió la emperatriz.

Estaba en aquel baile de máscaras un caballero completamente vestido de negro, y que llevaba el rostro cubierto con una mascarilla negra.

Invitó á la emperatriz á bailar: la emperatriz aceptó, y cuando bailaba con ella, otro enmascarado se inclinó al oído del emperador, y le preguntó si sabía con quién bailaba la emperatriz.

— No, respondió el emperador. Sin duda con algun príncipe soberano.

— Menos que eso, dijo el máscara.

— ¿Con algun señor, algun conde ó algun baron?

— Baja.

— ¿Será con un simple caballero?

— Baja mas.

— ¿Con un escudero?

— Continúa bajando.

— ¿Con un paje?

— Todavía no has dado en ello, Augusto.

— ¿Un lacayo?

— Mas bajo.

El rubor salió al rostro del emperador.

— ¿Un palafrenero?

— Mas bajo aun.

— ¿Un villano?

— ¡Si no fuese mas que eso! dijo el desconocido prorumpiendo en una carejada.

— Pero, ¿quién es? exclamó el emperador con voz ahogada.

— Arráncale su careta, y le verás.

El emperador se aproximó al caballero negro, le arrancó su antifaz, y reconoció en él al verdugo.

El emperador desenvainó su espada.

— ¡Miserable! le dijo; encomienda tu alma á Dios. Vas á morir.

— Señor, respondió el verdugo arrodillándose; aun cuando me matéis, no por eso habria dejado de bailar la emperatriz conmigo, y si en ello hay deshonor, no por eso quedaria menos deshonrada. Haced otra cosa mejor: armadme caballero, y si alguno ataca á su gloria, con la misma espada con que hago justicia, haré razon.

El emperador permaneció un momento pensativo.

Despues levantando la cabeza:

— El consejo es bueno, le dijo. En adelante no te llamarás el verdugo, sino el juez.

Despues habiéndole dado tres golpes de plano con su espada en el hombro:

— Levántate, añadió. Desde este momento, eres el último de los nobles y el primero de los ciudadanos.

— Y en efecto, continuó el abate Sméets, desde aquel momento, en todas las ceremonias públicas,

sean civiles ó religiosas, el verdugo va solo detrás de los nobles y delante de los ciudadanos.

— Os agradezco vuestra historia, le dije; es muy curiosa. ¿Pero puedo saber porqué me la habeis referido?

— Porque podria muy bien suceder que un dia ú otro, me respondió, os encontráseis en presencia de los descendientes del Caballero Negro, y en este caso, creo sabríais muy bien los miramientos á que tiene derecho, como el último de los nobles, y el primero de los ciudadanos.

— Os doy gracias por la prevision, mi querido abate, pero espero que será inútil.

— ¿Quién sabe? respondió el abate.

Y salimos juntos para ir á dar una vuelta por la feria, él sonriendo con aire malicioso, y yo buscando en mi imaginacion cuál podria ser el objeto del apólogo que acababa de referirme.

Cuatro ó cinco dias despues, dejé á Francfort sin haber podido obtener del abate Sméets ninguna otra explicacion.

KARL LUDWIG SAND.

En efecto, á partir desde el momento á que hemos llegado, Sand no hizo mas que afirmarse en la culpable resolucion que habia tomado. Sus estudios cambiaron de objeto. Todos los dias asistia á las lecciones de anatomía, siguiendo con una singular atencion las explicaciones del operador; haciéndose explicar en sus menores detalles las funciones del corazon, y reconociendo como lo hace un general con el punto que quiere atacar, el sitio que este órgano ocupa en el pecho.

Muchos meses se pasaron en este horrible estudio, sin que sus mejores amigos sospecharan el objeto. A su melancolía y tristeza habian sucedido por el contrario una tranquilidad y bondad extremadas. Unicamente algunas veces se entregaba á acciones inexplicables, y que hacian creer estaba